

El horror estaba allí. En realidad, siempre había estado, pero las buenas conciencias no querían o no podían verlo. Había violencia social, desde luego, pero era cosa de esos rojos o esos sucios judíos; de esos negros lascivos y salvajes o de esa gente de color, mal aconsejada, que quiere la independencia sin estar preparada. De repente, todo este horror llegó a casa: los hijos insultaron y maltrataron a sus padres, golpearon a la Policía, se abrieron la cabeza entre ellos, utilizando barras de hierro y cadenas. Ya no se podía ignorar: había que actuar con métodos igual o más contundentes. Lo peor es que nadie —agresores o agredidos— entendía nada. Se trataba de desfogar odios y rencores escondidos por largo tiempo. Los verdaderos culpables jamás aparecieron.

El cine, las revistas ilustradas, el consumo juvenil popularizó todo aquello. Las bandas se golpeaban en pleno centro de Roma, de Düsseldorf, de Amsterdam. En Inglaterra, en los suburbios de las grandes ciudades, empezó a formarse un gigantesco grupo juvenil que se llamaba, a sí mismo, los "mod" (modernistas). De la misma manera que más allá del charco, en Norteamérica, los chicos más agresivos vestían cazadoras de cuero y pantalones tejanos y se dedicaban a aterrorizar a los ciudadanos. La versión inglesa de estos "ángeles del infierno" fueron los "rockers".

Los "mods" eran remilgados en su atuendo y aspecto. Llevaban el pelo cuidadosamente recortado y peinado, su vestimenta era estafalaria, pero flamante y nueva, con dominio de los rojos y los naranjas. Zapatos morados de ante, pantalones muy estrechos y chaqueta ceñida de terciopelo. A veces incluso un poco de "rimmel" para los ojos. El gabán oficial era verde oliva y tenía un lejano aspecto militar.

Los "rockers", en cambio, lucían barbas, melenas y las cazadoras de cuero les daban un sempiterno aspecto oscuro. Les gustaba alardear de su suciedad y descuido.

Los "mods" decían que los "rockers" eran unos cerdos malolientes y éstos opinaban de aquéllos que eran una panda de afeminados. Unos y otros utilizaban la moto para desplazarse. Los "rockers" llevaban grandes motos americanas de segunda mano y los "mods", relamidas, pintarrajeadas y llenas de retro-



"Mods" y "rockers", las dos pandillas rivales en la Gran Bretaña de los sesenta, se golpeaban entre sí y peleaban contra sus padres y contra la Policía especializada. En la foto: jóvenes "mods" son registrados por dos "bobbies".

En torno a "Quadrophenia"

LA VIOLENCIA DE TODOS CONTRA TODOS

RAMIRO CRISTOBAL

visores, "scooters" europeas.

Unos y otros no coincidían en nada. Los "rockers" eran serios, solemnes, imitadores sempiternos de la tristeza juvenil de James Dean y Marlon Brando. Los "mods" eran alocados, alegres, cantarines, irónicos y más bien —hay quien dice que arrastraban la herencia del existencialismo— parecían querer acabar su vida rápida, pero alegremente.

Estos dos grupos no tenían cabida en el mismo mundo. Ya habían tenido enfrentamientos parciales, pero un fin de semana de 1964 un auténtico ejército, proveniente de toda la parte Sur, se trasladó a la ciudad playera de Brighton. Centenares de "mods" y de "rockers" se enfrentaron con palos y cadenas. A su paso iban arrollando y destruyendo toda la ciudad. La fuerte dotación de Policía enviada al lugar tardó horas en reducirlos. Hubo unas cuantas decenas de detenidos y el juez a quien tocó el caso dijo unas palabras que estaban en el ánimo de todos los burgueses de cierta edad: "Hordas asquerosas de peludos y mentalmente inestables pequeños matones. Nerones de serrín que sólo tienen coraje cuando, como las



ratas, cazan en manada". Lo cual no deja de ser una buena muestra de la retórica judicial británica.

Vida en familia

Lo que queda descrito más arriba es el centro argumental de la película "Quadrophenia", dirigida por Franc Roddan, un hombre que por su edad (nació en Londres en 1946) debió de conocer muy bien la época de mediados de los sesenta y, particularmente, los problemas de los "teenagers". Las batallas de bandas fueron un hecho de resonancia mundial en este tiempo.

Pero en la película y en la realidad hay un segundo nivel de

la India, en Nigeria o en Rhodesia. Eran capaces de meter una muchedumbre por una calle estrecha y conducirla como ganado hasta las camionetas; detrás iban los caballos y los jinetes de azul golpeando nucas y espaldas a un lado y a otro.

Sir Cecil Rhodes lo había dicho casi un siglo antes: "Para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una sangrienta guerra civil, debemos, nosotros, los hombres de Estado de las colonias, adquirir nuevas tierras... Si se quiere evitar la guerra civil, es necesario hacerse imperialistas". Estas prudentes palabras del profeta del colonialismo victoriano fue-

proprietarios rurales, pasando por los políticos, todos continuaron con su soberbia y prepotencia. El caso de Irlanda fue un ejemplo.

Los jóvenes obreros estaban indignados, pero habían sido educados con un exceso de formalismo cívico y muy poco contenido social. Así que cuando se revolviaron, lo hicieron contra lo que tenían más cerca, es decir, lo que formaba su entorno personal: sus padres y sus iguales. Ni que decir tiene que los poderes suspiraron aliviados. Todo estaba a salvo: la primera oleada había sido desviada y se rompía en un inútil esfuerzo contra sí misma.

Por otro lado, el Ejército necesitaba hombres para hacer un trabajo sucio: la guerra de Irlanda. En la propia película, uno de los personajes, un "rocker", cuenta su experiencia personal, su intento de huida hacia una forma de vida distinta. Se inscribe voluntario en el Ejército, y tras un corto período es trasladado al Norte de la isla conflictiva. "Allí estábamos bastante bien, sacudiendo a los rebeldes irlandeses", dice.

Es una vieja historia: se permite, con cierta benevolencia, que los jóvenes se desfogue en continuas peleas, se inquieta a los buenos burgueses con la violencia de sus hijos y se acaba por sacar rentabilidad política de éstos. Al fin y al cabo, el grupo, la banda juvenil comandada por el personaje de más prestigio, es un buen campo de aprendizaje de la disciplina militar. En 1965, el sociólogo Ernst Fischer transcribía en una obra una declaración de joven: "La banda es la última posibilidad de ser libres, y la peor; esa es la que queremos... No nos da la gana que nos lleven de las riendas en organizaciones cristianas o políticas". En la banda está claro que hay quien manda y hay que obedecer ciegamente, porque de lo contrario supondría exponerse a su violencia o, lo que es peor, a la soledad falta de iniciativa. El jefe da sentido a la acción y cuenta con la fuerza para hacerla cumplir. Los nacionalistas irlandeses tendrían buena noticia de esta confianza en la disciplina y de la costumbre de pelear de los nuevos reclutas.

En la década de los sesenta, los jóvenes obreros, los pequeños empleados de "white collar", el eslabón más humilde de la cadena del trabajo perdieron una gran oportunidad de haber conseguido una honesta reivindicación. Se dejaron engañar por conceptos tan manipulados como la camaradería y la libertad. Les dijeron que la banda era libertad y que la política era sumisión; les convencieron de que el camarada era el que estaba a su lado y el enemigo ellos mismos. Nunca sospecharon que camaradas eran todos, e iguales sus problemas y deseos. Y que la libertad no existía mientras no se conquistara.

Por eso, al final, unos y otros fueron pagados por el desencanto o marcharon hacia la muerte con toda la potencia de sus amadas motocicletas llenas de retrovisores y faros. ■



Pete Townshend, del grupo británico The Who, interpreta en el film de Franc Roddam el papel de un joven "mod".

circunstancias. "Mods" y "rockers" tenían familia: la propia y la de la gran Inglaterra. Los padres aún arrastraban un autoritarismo brutal de paliza cotidiana y desprecio a flor de labio; los superiores en el trabajo, el máximo de soberbia y de trato impersonal; la Policía, entrenada en las colonias, manejaba la porra admirablemente bien. Estos últimos provenían de la gran resaca del Imperio que se desmoronaba. Habían aprendido a manejar multitudes de huelguistas desde su caballo, armados con largos y gruesos vergajos. Veteranos sargentos coloniales, con su gran bigote blanco, habían actuado en

ron seguidas al pie de la letra durante varias décadas. Pero a partir de 1960 todo estaba terminado: los ingleses habían sido expulsados de la inmensa mayoría de sus posesiones en Asia y África. Los habitantes de la isla que ya eran casi 55 millones quedaron frente a frente. Ya no había lugares donde emigrar, hacerse rico, correr aventuras y tener inferiores. Conrad había muerto mucho años antes.

Lo curioso es que nadie quiso darse cuenta y todos siguieron comportándose como de costumbre: los amos del mayor Imperio del mundo. Desde los grandes banqueros de la City hasta los

Los rebeldes irlandeses

"Mods" y "rockers" se golpeaban entre sí y peleaban contra sus padres y contra la terrible Policía especializada. Fue una larga lucha a la que, muy pocos años más tarde, se unirían los estudiantes que tampoco consiguieron un nivel suficiente de concienciamiento político para llevar adelante algo más racional y eficiente. Las energías acumuladas, el odio proletario, acabó chocando entre sí. Los herederos de Rhodes podían dormir tranquilos.